

# Experiencias y perspectivas en la Geografía humana de las grandes islas del Mediterráneo occidental

por BARTOLOMÉ BARCELÓ PONS

## I. EL ÁMBITO MEDITERRÁNEO

La clásica división del mundo en cinco continentes adolece de un simplismo y una rigidez que no resisten el análisis de la Geografía regional. La mejor prueba de ello la tenemos en el ámbito mediterráneo, donde tierras de tres continentes confluyen en un solo mar para dar lugar a una entidad geográfica singular que no se identifica con ninguno de estos tres continentes y cuya personalidad física y humana ha desempeñado en la historia universal de las civilizaciones el papel más brillante y trascendente.

Aquí es donde la acumulación de experiencias humanas alcanzó un volumen único en la historia. Donde la adaptación del hombre al medio ha dado lugar a los más altos niveles del pensamiento humano, y cuya trascendencia en la civilización europea, a partir de la cual el hombre ha concebido el mundo, supone la paternidad de la cultura.

Nunca un medio físico, tan uniforme y variado a la vez, fue escenario de civilizaciones tan diferentes a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio. Lo cual no hace sino confirmar, con el más bello ejemplo que pudiéramos encontrar en la Geografía humana, la importancia de la iniciativa del hombre frente a los determinismos físicos, la trascendencia de su nivel de civilización y la importancia de la causalidad final en los hechos geográficos en que interviene el hombre.

En este mundo fragmentario y discontinuo las islas constituyen elementos de singular interés. Por su aislamiento adquirieron una importancia estratégica para el comercio y la guerra — hechos, por otra parte, íntimamente relacionados —, que las hizo depositarias y conservadoras de las aportaciones de los pueblos que las ocuparon a lo largo de los siglos, constituyendo por ello la mejor síntesis de lo mediterráneo.

Relieve y articulación costera son consecuencia, en el Mediterráneo, de un mismo proceso geomorfológico en el que intervienen tanto los rígidos escudos paleozoicos como los jóvenes plegamientos alpinos, los modernos procesos morfogenéticos y el eustatismo cuaternario.

Los depósitos sedimentarios secundarios que formaron el geosinclinal del Tety, en el primitivo mar Mediterráneo, entre los escudos euroasiático e indoafricano, fueron fruncidos, plegados y, en muchos casos, cabalgados y corridos por los distintos empujes orogénicos del plegamiento alpino a lo largo de la

era terciaria, a la vez que estas fuerzas rompían y dislocaban los macizos antiguos que por su rigidez no podían plegarse.

Las nuevas cadenas montañosas se levantaron al mismo borde del mar de Tetys formando una verdadera barrera de relieve entre los escudos paleozoicos y el mar, del que emergían violentamente con desniveles bruscos. Estos relieves se prolongaron asimismo hacia el interior del mar formando penínsulas, como la italiana, o emergiendo en forma de islas. Y a la vez que el perfil costero se desarrollaba con una gran riqueza de articulaciones, como el golfo del Leon, el de Tarento, el de Syrte o el mar Adriático, los fondos marinos quedaban divididos por umbrales que separaban fosas profundas, como la del mar de Alborán, el mar Tirreno, el mar Lígur, el mar Jónico y el Egeo.

Paralelamente y como consecuencia de la orogenia alpina, apareció la actividad volcánica y los movimientos sísmicos que se prolongan hasta tiempos actuales y que en determinados lugares han constituido elementos repulsivos para la instalación del hombre. Pero los ricos suelos volcánicos concentrarán fuertes densidades de población, siempre expuesta a los paroxismos catastróficos, como la destrucción de Pompeya y Herculano o la destrucción de Mesina en 1908 y las recientes erupciones del Etna.

Sobre todo este conjunto de relieve actúa, desde el primer momento, la erosión normal, provocando con las lluvias torrenciales, típicas del clima mediterráneo, un rápido desgaste de las nuevas montañas, a la vez que a sus pies se van formando amplias llanuras aluviales, muy características del paisaje mediterráneo. Las nuevas formas respondieron a la naturaleza de las rocas afectadas. Son característicos el modelado del *karst* y la aparición de la *terra rossa* en los sectores calizos, los *bad-lands* y *frane* o deslizamientos en los materiales arcillosos de las vertientes pronunciadas.

En las llanuras aluviales mal colmatadas se formaron sectores pantanosos que en tiempos históricos constituyeron áreas repulsivas por ser focos de malaria, pero que modernamente, al ser avenadas y extinguido el mosquito portador de la enfermedad, han resultado excelentes áreas de cultivo, tanto por la riqueza de sus suelos como por el agua abundante de las montañas próximas y del manto freático, en un clima árido y caluroso.

El contexto mediterráneo no quedaría definido sin una alusión a su clima, que, según hemos visto, actuó como elemento determinante de sus formas de relieve y que juntamente con ellas constituye el más importante de los condicionantes del asentamiento y desarrollo de las actividades humanas.

Por su latitud, el mediterráneo queda situado entre las altas presiones subtropicales y las regiones expuestas a la circulación zonal del oeste. En verano queda bajo las influencias de las primeras, lo que da lugar a altas temperaturas y a una prolongada sequía, que sólo se moderan en las proximidades del mar. En invierno, al retirarse las altas presiones y avanzar la masa de aire polar, el Mediterráneo queda expuesto a la ciclogénesis activa, tanto de las borrascas atlánticas como de las que se forman al entrar en contacto el aire frío con las aguas templadas, como consecuencia de las corrientes meridanas. De aquí el ritmo estacional del tiempo, tan característico del clima mediterráneo. Pero,

además, el área mediterránea presenta una gran diversidad climática, de climas locales, determinada no sólo por la profunda penetración del mar entre dos continentes, por lo cual está sometido a las influencias de ambos, sino y sobre todo, por el relieve y desarrollo costero que da lugar a diferentes exposiciones de la costa a los vientos. Tengamos muy en cuenta que el paso de las borrascas, algunas de las cuales barren en longitud todo este mar, da lugar en su parte anterior a vientos meridionales, y en su parte posterior a los septentrionales, los cuales atraen masas de aire de características variables según que estas borrascas tengan un itinerario más al norte o más al sur.

De esta forma y dentro del ritmo estacional ya citado y común a todo el Mediterráneo, las lluvias mostrarán sus máximos en otoño o en primavera, los inviernos serán más o menos lluviosos y la torrencialidad más o menos acusada, con una precipitación total variable tanto en los lugares como a lo largo de sus series históricas. Todo ello condiciona la vegetación y hace posibles unos determinados cultivos, trascendiendo, por lo tanto, al paisaje natural y al paisaje cultural.

Mientras el Mediterráneo fue acreedor a la calificación de «Mare Nostrum», ostentó una primacía económica sobre los países de Europa septentrional. Incluso hasta la Revolución industrial mantuvo un considerable adelanto frente a aquellos países, como lo demuestra el mayor desarrollo de las actividades artesanales y la mayor proporción de población activa secundaria.

Pero la Revolución industrial introdujo nuevas técnicas y desencadenó una demanda de materias primas de las que los países mediterráneos no disponían, a la vez que las actividades tradicionales y la psicología de sus habitantes dificultaron el cambio de mentalidad que exigía la nueva época. Razones de orden político y, en definitiva, de estructura, explican la ausencia de capitales necesarios para la nueva economía industrial. De esta forma, mientras Europa se industrializaba, el Mediterráneo, anclado en viejos sistemas agrarios, veía hundirse sus actividades artesanales a consecuencia de una simple competencia de precios. Los extraordinarios aumentos de población, consecuencia de la reducción de la mortalidad, al no ser seguidos por el incremento de puestos de trabajo, hicieron aumentar la presión demográfica y con ello disminuyó la productividad y la renta per capita. El resultado fue el subdesarrollo y la emigración hacia el nuevo mundo y a los países industrializados de Europa, que caracterizaron la vida mediterránea de los siglos XIX y XX.

La fragmentación política, y más aún la dependencia económica de los países más adelantados económicamente, que han hecho entrar en juego los intereses políticos de potencias físicamente ajenas al contexto mediterráneo, nos obligan a convertir el antiguo topónimo de «Mare nostrum» en el de «Mare eorum».

Pero a la luz de las circunstancias actuales y de las técnicas modernas, se considera que los países mediterráneos poseen recursos físicos y humanos aptos para conseguir un ritmo adecuado de desarrollo económico. Incluso las elevadas tasas de crecimiento demográfico vigentes, insertas en un sistema de recursos más amplio, constituyen un factor positivo para el desarrollo. Las balanzas de



c) La educación y la formación profesional flanqueada por el desarrollo de la investigación científica, especialmente la aplicada.

La puesta en práctica de estas políticas supone ante todo una labor de análisis y planificación cuya aplicación requiere importantes inversiones y un cambio profundo de mentalidad de las comunidades a quienes va dirigida. Esto y los cambios estructurales que son necesarios constituyen el principal obstáculo para su puesta en vigor y hace que los resultados obtenidos no sean siempre los que en principio se propusieron los planificadores.

## II. LA CUENCA OCCIDENTAL Y SUS ISLAS

El mar Mediterráneo se extiende de E. a O. a lo largo de 3.800 km, con una anchura máxima de N. a S. de 1.800 km. Su extensión es de dos millones y medio de km<sup>2</sup>, dividiéndose en dos grandes cuencas, la occidental y la oriental, separadas por el estrecho de Sicilia. 162 islas, de extensión superior a los 10 km<sup>2</sup>, ocupan un total de 103.160 km<sup>2</sup>, lo que supone tan sólo el 4,1 % de la superficie ocupada por las aguas.

De la comparación de ambas cuencas podemos deducir las características de la occidental y sus islas, objeto de nuestro estudio. Ante todo, encontramos una diferencia de magnitud: la cuenca occidental, con sus 821.000 km<sup>2</sup>, no representa más que la mitad de la extensión de la cuenca oriental. Mientras que en la primera contamos sólo 32 islas, o sea el 18,5 % de su totalidad en el Mediterráneo, en la segunda aparecen hasta 130, o sea 81,5 %. La extensión de estas islas supone en la parte occidental 63.930 km<sup>2</sup>, que representa el 62 % de la superficie insular total, mientras que en la oriental éstas ocupan sólo 39.230 km<sup>2</sup>, o sea el 32 % de aquélla. En la cuenca occidental la superficie de las islas equivale al 7,8 % de la extensión marítima, y en la oriental alcanza sólo el 2,3 %. La extensión media por isla en la cuenca occidental es de 2.130 km<sup>2</sup>, y en la cuenca oriental, de 297 km<sup>2</sup>. En la primera, el 25 % de las islas tiene más de 500 km<sup>2</sup>, y en la segunda sólo superan esta dimensión el 5,3 %.

Todo ello nos habla del predominio de las grandes islas en la cuenca occidental y de las pequeñas en la oriental.

Por otra parte, su disposición presenta notables diferencias. Mientras en la cuenca oriental las islas se nos aparecen en los mapas formando como una nebulosa que aureola las costas de Asia Menor y la península Balcánica, la cuenca occidental se nos muestra como un mar sin islas, en que éstas, pocas en número, forman grandes manchas bien delimitadas, discontinuas y relativamente alejadas de las costas continentales, alternando sus superficies con los vastos espacios marinos que las rodean. Aquí, los tres grandes grupos de islas (Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia) están separados por distancias de más de 250 km, a la vez que sus distancias de los continentes, excepción hecha de Sicilia, superan los 100 km aunque sin alcanzar los 200, mientras que las islas de la cuenca oriental se encuentran todas ellas a menos de 100 km de las costas continentales.

Estas diferencias de posición y tamaño de las islas de una y otra cuenca ayudan a explicar el que las islas del Mediterráneo oriental hayan sido a lo largo de la historia escena de unas culturas que fueron continuación de las continentales, como sucedió en Grecia, mientras que en la cuenca occidental las islas adquirieron personalidad propia desarrollándose en ellas culturas que, aun procedentes del exterior, adoptaron formas características. Es en ellas donde la insularidad ha dado lugar a una mayor riqueza de manifestaciones que afectan a toda su historia.

### III. EL AISLAMIENTO Y LA INSULARIDAD

El aislamiento en las islas, y por tanto la insularidad o conjunto de fenómenos que son consecuencia de aquél, deben ser considerados como un hecho más humano que físico y debe ser medido, más que en distancias físicas, por el tiempo que se tarda en cubrirlas, por los precios de los transportes necesarios para satisfacer el tráfico de hombres y mercancías, por su regularidad, frecuencia y capacidad, así como por la rapidez en la transmisión de noticias, costumbres y modas. Por esto es que la insularidad va perdiendo importancia a medida que las técnicas de comunicación y los transportes van desarrollándose, lo cual no se ha producido sino en fechas históricamente muy recientes.

Ante la mirada del geógrafo y del historiador las islas aparecen como mundos amenazados, mundos mal comidos y precarios que han de vivir de sus propios recursos, frecuentemente limitados, por lo que endémicamente están expuestos al hambre. Por ello las islas han sido tradicionalmente grandes exportadoras de hombres: los que en relación a su capacidad de empleo son excedentes demográficos. Las islas son también mundos amenazados por el exterior; en ellas el peligro viene también del mar al quedar expuestas a las invasiones, a la actividad de los piratas y corsarios. En consecuencia, las islas son mundos atrasados, arcaicos, obligados por las circunstancias a conservar economías primitivas y estructuras sociales inmóviles.

Pero, al mismo tiempo, las islas están abiertas a las corrientes de mar adentro. La gran historia las toca antes y mejor que a las montañas, y por su mediación tiene lugar un vasto trasiego cultural. Las islas, como etapas de los grandes itinerarios mercantiles, son lugares de confluencia donde se entremezclan influencias de orígenes muy diversos dando lugar a una gran riqueza de manifestaciones. A su vez pueden convertirse en focos de irradiación, tanto de las aportaciones recibidas, como de aquellas que, transformadas según su manera de ser, llegan a convertirse en culturas autóctonas.

Estos hechos, negativos o positivos, están en función de los transportes y de los grandes itinerarios que cambian con la historia. En tiempos modernos, al asegurarse la frecuencia, regularidad y bajo coste de los transportes, se rompió de forma definitiva la autarquía insular, asegurándose el aprovisionamiento

y la expedición de productos, creciendo así el ámbito de los mercados, al mismo tiempo que se facilitaban los desplazamientos de la población, cambiaban las condiciones de trabajo y las hacían asequibles a quienes por interés, curiosidad u ocio affuyeron a ellas en una de las más vastas manifestaciones de la civilización contemporánea como es el turismo.

Las islas, por contraposición a las tierras continentales, son tierras litorales. Aun con los condicionantes físicos más favorables, la costa insular puede presentarse como un sector de un gran vacío humano, pero también como un sector de fuertes densidades humanas, según hayan actuado factores repulsivos, como los peligros del mar, o atractivos, como la riqueza en recursos pesqueros de sus plataformas marinas, presencia de buenos resguardos naturales aptos para ser utilizados como puertos, llanuras litorales adecuadas para la explotación de salinas o playas para el desarrollo turístico.

El repliegue sobre sí mismas a que se han visto obligadas las islas en determinadas etapas de su historia no supone la formación de una uniformidad interna. Precisamente las relaciones entre las dimensiones, las aptitudes económicas y los efectivos demográficos de cada una de ellas y los de sus comarcas interiores no tienen nada de homogéneo. En ellas cada unidad geográfica ha de ser considerada como una simbiosis original de aptitudes y mentalidades. De aquí la consideración de las islas como un microcosmos en que la variedad es más frecuente que la uniformidad.

Tres factores han marcado la historia insular: su valor estratégico con la secuela de funciones y servidumbre que supone, la incidencia que tienen los costes de los transportes en los precios de los productos y los costes sociales de la insularidad.

El valor estratégico de las islas ha sido más comercial que militar cuando éstas quedaron en una posición central, en la encrucijada de un contexto económico y político, constituyendo etapas de los grandes itinerarios mercantiles. Pero cuando las islas quedaron en posiciones marginales y de fricción, sus valores militares se antepusieron a los comerciales, que quedaron considerablemente reducidos, debiendo supeditar a esta función muchas de sus actividades humanas. Todo ello explica que las islas hayan sido abordadas por todos aquellos que, soldados o marinos, piratas o comerciantes, quisieron dominar o estar presentes en el área mediterránea.

La limitación básica impuesta por los transportes ha dado origen en las islas a efectos secundarios, tales como el encarecimiento de las mercancías debido a la incidencia que en ellas tienen los costes del transporte, a la instalación de empresas de mercado local y fuerte carácter marginal al amparo de la diferencia de precios debida a los transportes, y a dificultades en orden a la captación de mercados extrainsulares por la difícil competencia en la comercialización de los productos insulares. Lógicamente, la importancia del coste de los transportes varía según la incidencia que tenga sobre el valor de los productos transportados, siendo a mayor incidencia mayor el obstáculo que el citado coste plantea. Lo cual supone un freno tanto al crecimiento como al desarrollo económico y explica el atraso de las economías insulares, al limitar considerable-

mente la capacidad productiva. Y al incidir sobre la rentabilidad de las empresas, lo hace también sobre el trabajo, muy especialmente en las actividades agrarias que tradicionalmente han constituido la base económica de las islas mediterráneas y, en épocas de aislamiento, el único recurso para el aprovisionamiento de subsistencias.

Las limitaciones del consumo local, hecho íntimamente relacionado con el volumen de la población, impide la instalación de empresas para cuya rentabilidad se necesita un notable volumen en la demanda, con lo cual las islas quedan en posición de dependencia de productos y servicios exteriores.

Por todas las razones expuestas, con frecuencia las islas no pueden disponer de un equipo de producción o de servicios adecuado a sus necesidades, imperfección que genera unos costes sociales tales como la limitación de estudiantes universitarios según la población y la renta por capita, costes adicionales para quienes siguen estudios fuera de las islas, emigración de intelectuales y técnicos superiores, ausencia de un ambiente cultural, etc., todo lo cual contribuye a perfilar la personalidad de las comunidades insulares.

En el acontecer histórico del Mediterráneo, la insularidad ha conferido a los habitantes de sus islas una personalidad que se ha formado en la negación misma de su originalidad, a lo cual ha contribuido el que éstas hayan sido, generalmente, gobernadas desde fuera. Una personalidad celosa, amarga y vanidosa, que ha buscado un orden eventualmente más justo o más eficaz que la justicia, siempre dispuesta a creerse lo suficientemente perfecta como para atribuir a causas ajenas las faltas propias y a esperarlo todo del centralismo administrativo. Este sentido secular de la frustración es el origen de todos los complejos que penetran en la vida social de las islas. El escepticismo y la apatía han tendido a hacer del isleño un individuo asocial, cuyas relaciones humanas son más competitivas que cooperativas, pesando sobre él fuertes lazos de dependencia familiar o de clientela económica o política.

Sobre las sociedades insulares pesa la magia del símbolo, la alteración del sentido del tiempo, del sentido de la ley, del sentido de la vida y de la muerte, al menos en lo que corresponde a sus actuales concepciones occidentales.

En las islas, como consecuencia de lo que venimos exponiendo, la inteligencia no siempre sirve, ahogada en la mediocridad intelectual del conjunto o por la ferocidad arcaica de determinadas relaciones humanas. Ello explica el deseo de los mejores de huir. Para quienes, sea por el deseo de renovación o por incapacidad en la iniciativa, deciden quedarse, sólo quedan dos caminos: la sumisión más o menos dócil a los conformismos y a los poderosos, o la rebelión fácilmente sofocada.

Examinados los rasgos fundamentales que caracterizan la vida insular, pasemos a considerar los hechos concretos en cada una de las grandes islas del Mediterráneo occidental: Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares.

#### IV. EL MEZZOGIORNO ITALIANO: SICILIA Y CERDEÑA

Las islas de Sicilia y Cerdeña han de incluirse en la problemática de las Provincias meridionales de Italia o Mezzogiorno, del que forman parte. El atraso económico del Mezzogiorno, en parte consecuencia de la dominación borbónica, se acentuó con la unidad italiana, cuyos primeros gobiernos pusieron en práctica una política económica inspirada por los intereses industriales del Norte, lo cual acentuó los contrastes entre la economía industrial y dinámica de las provincias septentrionales con la agrícola y estática de las meridionales. Al unificar la deuda pública, que en el Mezzogiorno, mal equipado, era reducida, el Estado italiano hacía pagar al Sur las inversiones que fomentaban la prosperidad del Piamonte y la Lombardía. El fisco, más pesado que en tiempos de los Borbones, canalizó hacia el Norte el oro del Sur, y la venta de bienes eclesiásticos absorbió para Roma las disponibilidades de la burguesía urbana. De esta forma las provincias meridionales de Italia, faltas de capitales, tenían el camino cerrado a la expansión económica. Finalmente, el librecambio, instituido por el primer gobierno de la Unidad, arruinó a las modestas industrias meridionales, y las ventajas que este sistema suponían para la agricultura pronto desaparecieron, cuando los industriales del Norte se convirtieron al proteccionismo.

En la cuarta década del siglo actual el Mezzogiorno se nos aparecía como un mundo estático, cerrado a las innovaciones, anclado, en muchas áreas, en tradiciones y mitos propios de una sociedad rural, con un aparato industrial precario y una agricultura ligada a gravosas circunstancias condicionales físicas y ambientales, desprovista de toda capacidad de renovación, en la que la emigración constituía la única solución para los excedentes demográficos de una población extraordinariamente fecunda. Todo ello se agravaba en las islas de Sicilia y Cerdeña como consecuencia del aislamiento.

Terminada la II Guerra Mundial, el Gobierno de la nueva República Italiana, tanto para compensar el abandono en que se había tenido a las provincias meridionales, como para dar solución al problema de los desequilibrios regionales dentro de la nación y resolver definitivamente el atraso económico del Mezzogiorno, tomó una serie de medidas: unas de orden estrictamente político y otras de orden económico, a partir de las cuales se han producido cambios importantes en su evolución económica.

Por una parte, en la nueva Constitución italiana se crearon cinco regiones dotadas de un Estatuto especial que les confería la autonomía, con un parlamento y gobierno propios, con funciones legislativas y administrativas adaptadas a las circunstancias y características de cada región. De esta forma, el año 1946 Sicilia y el 1948 Cerdeña se convirtieron en regiones autónomas.

Por otra parte, en 1950 se creó la Caja del Mediodía o *Cassa per il Mezzogiorno*, como un organismo autónomo bajo el control de un comité interministerial, que, dotado de medios económicos muy cuantiosos, tenía como misión planificar, financiar y ejecutar un programa de obras extraordinarias para la pro-

moción económica y social de las provincias meridionales. Para ello tenía que remover los obstáculos institucionales y ambientales que se oponían al incremento de la renta agraria y eliminar los factores de atraso que hacían del Mediodía una zona repulsiva a la instalación industrial y a toda iniciativa productiva. A sus disponibilidades, que ascendían a más de 200.000 millones de pesetas, se unían los presupuestos de cada uno de los ministerios y la iniciativa privada atraída por las facilidades infraestructurales, fiscales y crediticias que se dispusieron para las empresas que se instalasen siguiendo la localización planificada.

## La isla de Sicilia

La isla de Sicilia está situada en la divisoria de las dos cuencas mediterráneas, entre la península de Calabria y el Cabo Bon, de las que está separada por el estrecho de Mesina (3 km) y el de Sicilia (138 km). Por su extensión, que alcanza los 25.708 km<sup>2</sup>, es la mayor de las islas mediterráneas, y por su forma triangular fue denominada Trinacria por los antiguos siendo sus distancias máximas de 286 km de E. a O. y de 190 de N. a S. Su población, en el año 1969, era de 4.876.741 hab., con una densidad de 189 hab. por km<sup>2</sup>, una de las más altas del Mediterráneo. Todos estos parámetros confieren a Sicilia el rango regional en la más pura acepción geográfica.

En Sicilia podemos distinguir tres tipos de paisajes totalmente diferentes. Al norte y el este y mirando al mar Jónico y al Tirreno, se alinean estrechas llanuras costeras apoyadas en los montes Peloros (1.374 m), Nebrodi (1.847 m) y Mandonie (1.977 m) en la costa septentrional, y en los Peloros e Iblei en la oriental. Esta llanura se ensancha en la Concha de Oro de Palermo y en Catania. Protegidas de los vientos, con tierras fértiles y bien regadas, presentan una vegetación casi tropical, con cultivos que constituyen los maravillosos jardines sicilianos, con naranjos, limoneros, palmeras y algarrobos. Los *fiumare* se encajan en la montaña, y los núcleos urbanos salpican las huertas formando marinas y riberas de extraordinaria belleza, como la de Taormina, célebre ya en la antigüedad.

En el interior y hasta la costa meridional se extiende un verdadero mar de colinas, que ocupan el 74 % del suelo siciliano. La naturaleza arcillosa de los terrenos da lugar, con las lluvias, escasas pero torrenciales, a los *calanchi* o relieves en *bad lands*, y a las *frane*, deslizamientos o avalanchas de barro que constituyen factores repulsivos para la actividad humana, pues dificultan la agricultura, las comunicaciones e incluso los asentamientos del poblamiento rural. La abundancia de sales, yesos y azufre en estas arcillas impide el desarrollo de la vegetación, lo cual, junto con la aridez, da lugar a un paisaje casi desértico. El Príncipe de Lampedusa en el Gattopardo lo describiría como «ondulaciones interminables y descoloridas, desiertas como la desesperación», o como «paisaje de colinas ondulantes, absurdas e irracionales, multiplicadas hasta el infinito». No es de extrañar que la antigüedad clásica situase en las costas fértiles

del este la patria de Ceres o Deméter, y en una laguna próxima a Enna, en el interior, el lugar en que su hija Proserpina fue raptada por Plutón.

El tercer tipo de paisaje lo constituye la cúpula volcánica del Etna, que con sus 3.263 m de altura y 150 km de circunferencia domina el ángulo NE. de Sicilia. En sus laderas se pasa de la zona de nieves y desiertos de su parte más elevada a la de bosques y a la de cultivos de frutales y viña, hasta la costa donde se cultivan los naranjos, aprovechando las ricas tierras procedentes de la descomposición de las lavas. Aquí, a pesar de los peligros que supone la proximidad del volcán en actividad, se concentra la mayor densidad de población de Sicilia.

Por su posición en el Mediterráneo, Sicilia ha participado de todos los grandes acontecimientos históricos de este mar. Poblada desde el Paleolítico superior por los antecesores de los sicanos, ya en tiempos protohistóricos recibió a otros pueblos, como los sículos, elymos y fenicios. Para los griegos que la ocuparon en el siglo VIII a. de J.C., Sicilia fue una especie de *Far West*, donde todo era mayor y mejor que en la madre patria. Con los romanos la isla empieza a ser dominada desde fuera y es tenida como una tierra extrema. Después de las efímeras ocupaciones de vándalos y ostrogodos, Sicilia pasó a manos de los bizantinos, y después, de los musulmanes. Bajo estos últimos conoció una época de prosperidad, que se continuó durante la ocupación de los normandos, los cuales hicieron de Palermo su capital, que llegó a ser famosa por sus riquezas. Pero a partir de la conquista de la isla por la casa de Suabia en 1194, Sicilia inicia una serie de dominios de carácter casi colonial, que se prolongan con los angevinos, los aragoneses, los españoles, los Borbones de Nápoles e incluso la Italia de la Unidad, durante los cuales la formación de una estructura agraria latifundista, las luchas intestinas, las intrigas exteriores, el abandono de los gobernantes y las incursiones de los piratas sarracenos, desencadenaron un proceso de envilecimiento de la economía y de las relaciones sociales de los sicilianos.

Cuando los grandes terratenientes fueron a vivir lejos de Sicilia alquilaron sus tierras a arrendatarios o *gabelloti*, que a su vez las realquilaron en condiciones draconianas a los pequeños cultivadores. Esta forma de uso de la tierra dio lugar a una miseria rural crónica que se agravaba en años de malas cosechas. No es extraño, pues, que los levantamientos campesinos fueran frecuentes ni que los poderosos los ahogasen en sangre. Quienes ostentaron la representación del poder lucharon contra la introducción de cualquier ideología que pusiera en peligro su *status*, haciéndolo primero contra las ideas del Despotismo ilustrado, después contra las de la Revolución Francesa, la administración napoleónica y las mismas tentativas del gobierno de la unidad italiana, cuyos representantes no supieron captar la psicología del pueblo siciliano y cayeron en una incompreensión recíproca, consecuencia de lo cual fue la ausencia de una autoridad efectiva.

La Mafia fue el instrumento local para el mantenimiento de la situación y constituye un fenómeno de desviación y de usurpación psicológica basado en los sentimientos del honor, del orgullo y de la hipertrofia del yo. Nacida en la

primera mitad del siglo XIX como una sociedad secreta de las clases medias para luchar contra el peligro de los levantamientos y disturbios populares, fue suplantando las funciones de la Administración y creando una red paralela de gobierno y justicia. La exaltación del valor personal ante la inseguridad existente la hizo acreedora del respeto popular, y su desarrollo puede explicarse por cuanto constituyó el único camino de ascensión social para las clases deprimidas y medias. En realidad, significó una interferencia entre la producción y el consumo, entre el trabajo y la propiedad mediante la violencia.

A medida que el marasmo económico se agravaba, la población iba aumentando con una tasa muy elevada. Entre 1861 y 1969 sus efectivos se duplicaron, a pesar de que el Estado italiano, a fin de asegurar el trabajo, favoreció la emigración primero hacia América y, a partir de 1921, hacia las provincias septentrionales y Europa. Entre 1861 y 1950 salieron de la isla más de un millón y medio de sicilianos, de los cuales un 70 % fueron a establecerse en Estados Unidos. Al terminar la II Guerra Mundial, la emigración, paralizada en 1925 bajo el fascismo, se reanudó. En el año 1951 la población activa, que en 1861 suponía el 49 % de los efectivos totales, se había reducido al 32 %, cuando en el Piamonte era del 53 %. El paro obrero afectaba al 14 % de la población activa, siendo importante el subempleo y el trabajo de temporada. Las actividades primarias absorbían el 52 % de la población activa, las secundarias el 23 % y los servicios el 25 %. El analfabetismo entre los mayores de 6 años representaba el 25 %; 50.000 niños en edad escolar no estaban escolarizados, y sólo un 29 % de los que asistían a clase terminaban sus estudios.

A fin de remediar tal estado de cosas y satisfacer las tendencias autonomistas que hicieron aparición en la isla tras su liberación por las fuerzas aliadas, el Gobierno italiano de la nueva República concedió, en 1946, el Estatuto de autonomía regional, con un verdadero Parlamento (a diferencia de las otras regiones autónomas que solo tienen un Consejo) y un Gobierno, los cuales, juntamente con el Estado italiano, iniciaron un esfuerzo legislativo y económico para mejorar la situación económica y social de Sicilia, elevar el nivel de vida y reabsorber el paro y el subempleo. A este fin se promulgó en 1950 la Ley de Reforma Agraria, que se proponía expropiar y redistribuir, una vez revalorizadas, las fincas de más de 300 ha, que con un total de 2.785 suponían una extensión de 442.000 ha. Para su puesta en práctica se creó la ERAS (*Ente per la Riforma Agraria in Sicilia*), a cargo de la cual estaban las obras de infraestructura y puesta en regadío de considerables extensiones. La política de industrialización se orientó hacia la instalación de una infraestructura moderna en lo que a transportes y suministro de agua se refiere, concesión de ventajas a los industriales que se instalaran en Sicilia y establecimiento de una política de inversiones industriales, en todo lo cual participó activamente la *Cassa per il Mezzogiorno*.

En 1947 se creó el ESE (*Ente Siciliano di Eletticità*), cuya rivalidad con la SGES (*Società Generale di Eletticità Siciliana*) ha dado lugar a un notable encarecimiento de la energía eléctrica. En 1952 se creó el IRFIS, órgano público de financiación industrial, que transfería los créditos de la *Cassa per il Mez-*

*zogiorno*, de la Región Siciliana y de la Banca Internacional de Reconstrucción. Otros organismos de función parecida fueron la Sección de Crédito Industrial de la Banca de Sicilia y, en 1958, el SOFIS, Sociedad Financiera de Palermo, que tenía como objetivo recoger el ahorro insular.

La industria moderna se ha desarrollado especialmente en el sector de químicas, en el área comprendida entre Augusta y Syracuse, donde su localización viene determinada por la proximidad de los yacimientos de potasa, azufre, sal y petróleo, por la llanura litoral, vía férrea, agua abundante, buen puerto natural y proximidad a los itinerarios petroleros del Medio Oriente y Africa del N.; además, es un sector sin Mafia y de una población con fama de laboriosa. En 1951 se creó una pequeña refinería, que en 1954 se amplió con el petróleo de Ragusa y el procedente del exterior (Refinería Rasiom). La SGES construyó la gran central termoeléctrica de TIFEO. La SINCAT, con capital Edison, montó una gran fábrica de abonos. Todas estas industrias tuvieron efectos multiplicativos dando lugar a la aparición de otras numerosas empresas.

La *Cassa per il Mezzogiorno* ha establecido créditos especiales y muy cuantiosos y ha colaborado en la redacción de los planes regionales de desarrollo, el último de los cuales corresponde al quinquenio 1965-70.

Sin embargo, los resultados de toda esta política no corresponden al esfuerzo realizado a causa de los múltiples obstáculos que los interesados en mantener las antiguas estructuras han puesto, bien sea retrasando realizaciones programadas, bien ocupando los cargos de los que dependían estas realizaciones y la agilización de la reforma. Pero, con todo, lo alcanzado es importante: la población activa del sector agrario ha disminuido de un 52 % en 1951 a un 34 % en 1966, la del sector industrial ha pasado de un 23 % a un 31 %, y la del sector terciario del 25 % al 35 %. Pero la población activa ha pasado de representar el 33 % del total al 29 % y el paro obrero ha disminuido del 14 % de la población activa al 3,5 %. El crecimiento natural ha pasado de un 15 ‰ en 1947 a un 12 ‰ en 1966, como consecuencia del descenso de la natalidad, que ha pasado del 26 ‰ al 20 ‰.

Sin embargo, entre 1947 y 1966 la pérdida por emigración de la población siciliana ha sido del orden de las 788.000 personas.

Así pues, a pesar de que el desarrollo sectorial de la economía ha sido armónico, no ha seguido al crecimiento demográfico, cuyos excedentes han tenido que continuar emigrando.

## La isla de Cerdeña

De extensión análoga a la de Sicilia, Cerdeña, con sus 24.094 km<sup>2</sup> presenta una problemática original tanto por su posición como por sus recursos y trayectoria histórica. Situada en el centro-este del Mediterráneo occidental, es la isla más alejada de las costas continentales, lo cual ha dificultado el aprovechamiento de sus recursos mineros y el desarrollo de sus escasos recursos agrarios. Todo ello explica que su población, que en 1969 alcanzaba el millón y medio de

habitantes, presente una densidad de sólo 62 hab./km<sup>2</sup>, equivalente a un tercio de la de Sicilia, aunque tres veces mayor que la de Córcega.

Morfológicamente Cerdeña forma parte de la rama NO. de la orogenia alpina mediterránea. En ella los sedimentos plegados del Secundario sólo tienen importancia en el golfo de Orosei. En el resto de la isla predominan las mesetas constituidas por superficies de erosión o formaciones volcánicas, como la del SO., donde la fosa del Campidano con sus aluviones cuaternarios forma la única gran llanura de la isla, que termina al S. con la de Cagliari. En Cerdeña, zócalo y cobertura forman un verdadero mosaico de bloques fallados de formas tabulares, como si fuera un inmenso rompecabezas cuyas piezas se hubieran movido. Su máxima altura, situada en la parte central, es el Gennargentu, con sus 1.834 m.

Esta disposición del relieve acentúa el contraste del paisaje humanizado de la costa y el interior, de acceso difícil, que ha servido de reducto para la población autóctona en caso de invasiones, convirtiéndose en un valioso elemento conservador de tradiciones, formas de vida y lengua. No es extraño que los dialectos sardos estén más próximos al latín que cualquier otra lengua románica, ya que descende directamente de aquél sin contaminaciones.

Las nuraghas, los grandes monumentos megalíticos contemporáneos del rey David y muy anteriores a la construcción de Roma, que en número de más de 8.000 se dispersan sobre el suelo sardo, testimonian una primera ocupación humana de la isla y una época de su historia quizás la más relevante. Fenicios y cartagineses establecieron en sus costas factorías que, como Cagliari, estaban ligadas a la explotación de salinas, al amparo de una colina fortificada y de un buen resguardo natural. Los romanos en el año 238 a. de J.C. ocuparon la totalidad de Cerdeña y explotaron sus recursos mineros y agrarios, para lo cual construyeron la primera red viaria completa. Arrasada la isla por los vándalos en el año 455, fue objeto posteriormente de las incursiones de los sarracenos, que desde el año 711 hasta entrado el siglo XI dificultaron el desarrollo de las zonas costeras. Es precisamente de este siglo la noticia de una primera división administrativa y política de la isla, en forma de Judicaturas, que en número de cuatro y gozando de autonomía fueron gobernadas por jueces, los cuales lucharon entre sí y buscaron la protección de las repúblicas de Génova y Pisa, que intervinieron en sus querellas. En 1297 Bonifacio VIII infeudó la isla a Jaime II de Aragón, pero la autoridad de éste no fue efectiva sino mediante la intervención armada. La isla permaneció bajo el dominio español hasta 1714, en que por la Paz de Radstadt se cedió a Austria. En 1820 Cerdeña pasó al Piamonte, manteniéndose bajo su autoridad hasta la Unidad Italiana. La ciudad de Alguer, poblada por catalanes, conserva viva, todavía hoy, la lengua catalana y una nostalgia de su antigua metrópoli barcelonesa: una verdadera isla humana dentro de la isla sarda, cuyos habitantes fueron creados «todos caballeros» por Carlos V, por la ayuda que le prestaron en sus empresas bélicas.

Los recursos naturales de Cerdeña son escasos tanto en lo que se refiere a la agricultura y ganadería como en la riqueza del subsuelo. Las tierras cultivadas sólo ocupan una cuarta parte de la isla, y la mitad de ella son tierras de

pastos, muy pobres, utilizadas para una ganadería extensiva lanar y caprina que constituye la actividad agraria más importante por su producción y empleo.

La estructura de la propiedad de los pastos y del ganado y la de las relaciones laborales entre propietarios y aquellos que sólo pueden ofrecer sus brazos al trabajo constituyen un verdadero engranaje de expoliación que deja en una situación mísera a estos últimos. En tales circunstancias no sólo es considerado como normal sino también admirado y encubierto el robo, la venganza y el bandolerismo, que todavía hoy subsisten en las comarcas más atrasadas de Cerdeña. Una verdadera superestructura se ha instalado sobre la estructura jurídica y socioeconómica, cuya raíz se encuentra en el sistema de explotación y género de vida, y por lo tanto la violencia de la represión estatal resulta impotente. Mantenido en una miseria milenaria, una sociedad fósil rechaza un mundo moderno que no la acepta, hasta los tiempos actuales en que esta situación trasciende a la política local y últimamente ha dado lugar a situaciones tensas principalmente en la región de Orgosolo.

Cerdeña ha sido tradicionalmente el país de la malaria. Infestada la isla por los mosquitos del paludismo, la enfermedad constituyó una epidemia que condenaba a la población a un ocio forzoso y la obligaba a replegarse en sí misma, resignada y paciente, pero hostil a todo lo que no fuera la ayuda moral de sus tradiciones de vida y de pensamiento.

Las primeras medidas encaminadas a la transformación social y económica de Cerdeña fueron tomadas durante el gobierno de Mussolini, como consecuencia de la política autárquica del fascismo, que tendía al máximo aprovechamiento de los recursos de las regiones italianas. Se realizaron trabajos de repoblación forestal y de acondicionamiento mediante obras hidráulicas, agrícolas, de higiene y construcciones sociales, se crearon las poblaciones de Mussolinia, después llamada Arborea, y de Fertilia en La Nurra, cerca de Alguer, y se impulsaron las actividades mineras del Iglesias y Sulcis, fundando la ciudad de Carbonia.

Después del paréntesis de la II Guerra Mundial se inicia una política de desarrollo económico de la isla. La nueva Región Autónoma de Cerdeña fue concebida no como un instrumento de descentralización administrativa sino como un organismo territorial. Gozaba de poder legislativo, que se extiende a la agricultura, obras públicas, industria, turismo y transportes. La malaria fue eliminada totalmente mediante un tratamiento intensivo de DDT financiado por la Fundación Rockefeller. La OEEC (hoy OCDE) llevó a cabo un análisis de los problemas de subdesarrollo del triángulo comprendido entre Bosa, Macomer y Oristano, proponiendo soluciones al problema del éxodo rural. En 1951 se promulgó la Ley de la Reforma Agraria. Para su aplicación se crearon varios organismos, como la ETFAS (*Ente per la trasformazione fondiaria e agraria de la Sardegna*), cuya actuación se ciñó al Campidamo. La industria se promocionó a través del Crédito Industrial Sardo, como principal instrumento de financiación, que contaba con ayudas extraordinarias de la *Cassa per il Mezzogiorno*. Pero el elemento de regeneración más importante fue el Plan que la Región Autónoma, juntamente con la *Cassa*, estableció en 1962 y que es más

conocido por *La Rinascità*, el cual, contando con fondos extraordinarios, se proponía transformar y mejorar las estructuras económicas y sociales de las zonas homogéneas con el fin de alcanzar el pleno empleo y obtener el crecimiento rápido y equilibrado de la producción entre 1962 y 1975. Otros organismos de institución regional fueron también creados, como el ESIT, para el turismo, la ISOLA para el artesanado, y la ESAF para las infraestructuras.

Los resultados de este despliegue, sus instituciones y recursos, han sido muy discutidos tanto en lo que se refiere a los objetivos propuestos como al aprovechamiento de los beneficios. La población sarda mira con recelo a la burocracia realizadora. Falta una integración, que aprovechan los inmigrantes o las grandes empresas radicadas fuera de la isla. Sin embargo, la antigua emigración se ha reducido considerablemente y se ha equilibrado la estructura de la producción y del empleo. Entre 1951 y 1956 la población activa del sector primario ha pasado de un 51 % a un 36 % del total de activos, la del secundario, de un 24 % a un 29 %, y la del terciario, de un 26 % a un 35 %.

Las grandes refinerías de Porto Torres y de Cagliari, el incremento del tráfico marítimo y aéreo y los nuevos complejos turísticos de la costa Esmeralda, a la que el Agha Khan ha dado el lustre de su nombre, son el exponente visible de esta transformación que está experimentando esta isla de Cerdeña que un día fue llamada tierra de pastores.

## V. LA ISLA DE CÓRCEGA

Córcega es la tercera isla del Mediterráneo por su extensión, que alcanza los 7.747 km<sup>2</sup>. A su vez es la más septentrional: penetra en el mar Ligur, en el golfo de Génova. Como Cerdeña, forma parte de la rama NO. de la orogenia alpina mediterránea, pero su relieve es muy diferente: emergiendo de las aguas con brusquedad, se nos aparece, como diría Ratzel, como «una montaña en el mar», con alturas que sobrepasan los 2.500 m y que alcanzan su máximo en el Monte Cinto (2.707 m). El macizo montañoso se orienta de N. a S. estableciendo una verdadera división de la isla en dos partes: la denominada *Banda di Fuori* o *Di la dai Monti* al O. y la *Banda di Dentro* o *Di qua dai Monti* al E. La historia hizo de la primera, tierra de señores, y a la segunda, más influida por Italia, desde donde esta división está concebida, tierra del común. La antigua división administrativa de Golo y Liamone correspondía a una realidad orográfica, etnográfica y psicológica.

Los granitos y pórfidos que forman el macizo corso terminan en la parte occidental en una costa recortada cuyos entrantes coinciden con los talwegs de la ría. Se trata de una costa de difícil acceso, sin espacios llanos ni suelos fértiles, una costa repulsiva para el asentamiento humano. Al este de la isla y separado de los granitos por la depresión central, orientada según el meridiano, aparecen los esquistos. Aquí el zócalo desaparece bajo el flysch coceno y bajo los mantos de corrimiento. Pero lo más importante de esta vertiente es la ex-

tensa llanura costera limitada por cordones litorales, y cuyo origen aluvial le proporciona excelentes tierras de cultivo, prácticamente las únicas de la isla.

El relieve es vigoroso, con pendientes rápidas y los espacios llanos son escasos. El modelado es frecuentemente el resultado de una erosión diferencial y no falta en la alta montaña la huella de los glaciares. Todo ello y la brusquedad del contacto de la tierra con el mar confieren al paisaje corso una belleza realmente extraordinaria.

A diferencia de las islas antes consideradas, Córcega, tanto por la altura de sus montañas como por su posición entre dos centros de ciclogénesis activa, recibe precipitaciones abundantes, incluso de carácter nival, que convierten a la alta montaña en un inmenso depósito de agua. En los meses más cálidos de la estación seca, la nieve se funde y riega las tierras bajas afectadas por la sequía estival, lo cual supone una gran ventaja, tanto en lo que se refiere al desarrollo de la vegetación de los bosques o la maquia de mirtos, como para el aprovechamiento agrícola de las tierras útiles.

Córcega posee una de las más antiguas y ricas culturas prehistóricas, que se remonta al Neolítico. Sus restos más importantes son los de Filitosa, al S. de Ajaccio. La isla recibió aportaciones hispánicas (cántabros) en la vertiente occidental, ligures en el N. y fenicias en la vertiente oriental. Los griegos se establecieron en Córcega en el año 565 a. de J.C., y en el año 540 a. de J.C. fundaron la ciudad de Alalia en la llanura oriental, ciudad que pronto se convirtió en uno de los centros de difusión de cultura del Mediterráneo occidental. La isla pasó directamente de los griegos a los romanos, que la conquistaron entre los años 238 y 163 a. de J.C. Los bárbaros arrasaron las ciudades litorales en el siglo V, y en el siguiente la isla fue ocupada por los bizantinos, cuya autoridad, más o menos restringida, se mantuvo hasta el año 725 en que fue conquistada por los lombardos. En el año 755 Pipino el Breve la asignó al papa Esteban II, y en el año 774 Carlomagno la confirmó a Adriano I. Del siglo VIII al XI sufrió incursiones de los sarracenos, que llegaron a instalar en sus costas bases militares aunque no consiguieron dominarla completamente. La historia de Córcega, desde el siglo XI hasta el XVIII, es una continua lucha entre genoveses, aragoneses, el pontificado y los franceses, que apoyaron las rivalidades y luchas intestinas. Finalmente quedó unida a Francia, de la que hoy forma parte.

El rasgo característico de la economía ha consistido en su falta de reacción ante la decadencia a que la emigración ha sumido a la isla, y que incluso ha hecho disminuir la cifra absoluta de población, caso insólito en el Mediterráneo, ya que, como hemos visto en las islas de Cerdeña y Sicilia, aunque no se haya podido evitar la emigración, sus poblaciones han aumentado en lo que va de siglo en un 50 %.

La emigración ha hecho que la población corsa, que en 1860 era de 260.000 habitantes, quedase reducida en 1947 a tan sólo 180.000. Esta emigración ha afectado principalmente a las áreas rurales, cuya población ha pasado de 185.000 hab. en 1860 a 85.000 en 1947, mientras que las urbanas han aumentado de 75.000 hab. a 95.000. La emigración corsa ha sido más «civil» que de

calidad, ya que si bien una pequeña elite intelectual ha emigrado para seguir estudios universitarios, la mayor parte de los emigrantes lo han hecho para cumplir el servicio militar, lo que les ha dado ocasión de conocer otras posibilidades de promoción económica y social en el continente. Los cursos forman un contingente importante en el servicio de las armas, en la administración colonial y entre los funcionarios públicos. Pero el emigrante suele visitar la isla anualmente aprovechando sus vacaciones, y regresa definitivamente cuando alcanza la edad de retiro laboral.

La emigración ha producido un vacío de la población más dinámica, a la vez que ha dado lugar a un progresivo envejecimiento de la población, con toda la secuela de consecuencias demográficas. Pero habiendo afectado principalmente a la parte rural, las consecuencias repercuten en el abandono de la tierra cultivada, que se ve invadida por la vegetación de la maquia. En 1913 las tierras de cultivo de Córcega ocupaban el 37,5% de la superficie insular, y en 1948 tan sólo suponían el 8,1 % de la isla; mientras que la maquia, que en aquel año representaba el 42,5 % de la extensión de Córcega, en 1948 alcanzaba el 71,9% de la misma. En este año, de las 100.000 ha que se consideraban útiles para la agricultura tan sólo se cultivaban 10.000 ha. Esta degradación rural podría explicarse también por la malaria, que fue una endemia hasta 1943, por el arcaísmo de los métodos de cultivo, por la destrucción del suelo como consecuencia del predominio de una economía pastoril en la que era especialmente importante el ganado caprino, la falta de capitales y de una organización comercial y el elevado coste de los transportes marítimos, que encarecía los precios hasta situarlos en inferioridad en la competencia de los mercados continentales.

Una vez terminada la II Guerra Mundial, en la que la isla desempeñó un importante y heroico papel durante la ofensiva aliada, el gobierno francés, preocupado por la alarmante situación de Córcega, estableció un Plan de Acción Regional (P. A. R.), que fue redactado en 1949 si bien no se puso en práctica hasta 1957. Este Plan, en el que se cifraron las esperanzas de los cursos de dentro y fuera de la isla, se proponía dos objetivos fundamentales encaminados a revalorizar los recursos naturales insulares: primero, hacer del turismo la base del renacimiento económico, y segundo, utilizar racionalmente el potencial agrícola y forestal tanto para satisfacer el consumo local como para situar en los mercados exteriores los productos corsos más competitivos. Para todo ello era asimismo necesaria la normalización y reducción de los fletes marítimos y aéreos y la modernización de la red viaria interior.

Para la realización de los objetivos citados se crearon dos sociedades anónimas en forma de Sociedades de economía mixta: la SOMIVAC (*Société pour la mise en valeur de la Corse*) y la SETCO (*Société pour l'équipement Touristique de la Corse*).

La SOMIVAC tenía como objetivos el realizar estudios de orden técnico y económico orientados al aprovechamiento agrario, recuperar para el cultivo y por medio de trabajos apropiados una primera franja de tierra de unas 20.000 ha situada en la llanura oriental y que por el abandono había sido invadida por la

maquia, asegurar el equipamiento hidráulico de las áreas recuperadas y desarrollar los cultivos de regadío. Entre las obras realizadas cabe destacar la creación de una estación de cultivo de agríos, la creación de nuevas explotaciones existentes, la financiación de los trabajos y selección de los cultivos a desarrollar, así como el acondicionamiento silvo-pastoril y la comercialización de los productos.

La SETCO se proponía reducir el desequilibrio existente entre las aptitudes turísticas de Córcega y la pobreza de su equipamiento hotelero mediante la construcción de una infraestructura adecuada y la promoción de establecimientos de hospedaje y demás servicios, incluyendo ciudades de vacaciones y campings. De una capacidad de alojamiento de 1.700 plazas, existente en 1957, se ha pasado en la actualidad a más de 10.000 camas, además de 70 campings con más de 20.000 plazas y 12 ciudades de vacaciones con 2.000 pabellones.

El primer problema con que se enfrentó el PAR fue la continuación del flujo migratorio: entre 1954 y 1962 emigraron de Córcega 32.500 personas y tan sólo en 1963 lo hicieron 9.000 personas. Pero a partir de este año la isla recibió un considerable refuerzo demográfico al acoger a 14.000 repatriados de Argelia. Los nuevos puestos de trabajo, resultado de las realizaciones de la SOMIVAC y de la SETCO han atraído asimismo numerosos italianos y españoles. De esta forma se ha producido una sustitución, de parte de la población autóctona por la inmigrada, que, más emprendedora y dinámica, sabe aprovecharse mejor de las ventajas de todo orden que los organismos de la PAR han establecido para aquellos que inserten su actividad en la línea programada. Como era de esperar, se han producido fricciones entre las dos comunidades. Entre 1947 y 1968 la cifra absoluta de población apenas ha cambiado, pero mientras la población urbana ha pasado de 95.000 a 117.000 hab., la rural todavía ha seguido disminuyendo hasta reducirse a 60.000 hab. La tierra cultivada ha aumentado su extensión hasta suponer el 18 % de la isla, haciéndolo a costa de la maquia, que se ha reducido al 62 % de la superficie corsa. En las proximidades de Alalía, la actual Aleria, los cultivos de agríos ponen una nueva nota de color en el paisaje, y en las lagunas próximas vuelven a criarse aquellas ostras que ya eran famosas en tiempos de la Roma imperial.

De todas formas, el porvenir de Córcega permanece incierto y depende más de la iniciativa de los de fuera que de la de los propios corsos.

## VI. LAS ISLAS BALEARES

Hasta ahora hemos hablado de islas grandes, que incluyen varias demarcaciones de carácter provincial (Córcega comprende una provincia, Cerdeña, tres, Sicilia, nueve), cuyas economías, atrasadas o deprimidas, se intenta reactivar mediante intervenciones estatales a través de organismos económicos y políticos espléndidamente dotados de recursos financieros, buenos equipos técnicos de planificación y gran capacidad legislativa y de decisión. Pero a pesar de todo ello, si bien se ha conseguido un desarrollo sectorial armónico, no se

ha alcanzado un verdadero crecimiento, el necesario para absorber en los nuevos puestos de trabajo la mano de obra procedente del éxodo rural y del crecimiento demográfico, por lo cual la emigración tradicional ha continuado.

Contrastando con estas islas, las Baleares se nos aparecen como un espacio fragmentado que forma un archipiélago de islas de pequeño tamaño, la mayor de las cuales, Mallorca, sólo alcanza los 3.600 km<sup>2</sup> y constituye el 72,6 % de la extensión del archipiélago. Ninguna otra isla sobrepasa los 1.000 km<sup>2</sup>, y sólo dos tienen más de 500 km<sup>2</sup>. El conjunto forma desde el año 1833 una unidad administrativa provincial y en ella las tensiones interiores aparecen, no sólo entre las islas, sino también en el interior de ellas, lo cual no es sino consecuencia de su diversidad humana, que se hace patente al considerar la estructura de sus poblaciones activas. En Mallorca, el 40 % de la población activa está en los servicios, en Menorca el 48 % de la población activa trabaja en la industria, y en Ibiza el 45 % de su población activa está ocupada en actividades primarias.

Pero donde mayores diferencias encontramos en relación a las otras islas mediterráneas es en su crecimiento económico reciente, protagonizado por las actividades turísticas, las cuales han hecho incrementar la renta per capita muy por encima de los niveles nacionales y han provocado una fuerte inmigración que llega a participar en dos terceras partes en el crecimiento absoluto de la población insular, a la vez que hace incrementar la natalidad y se rejuvenece la pirámide demográfica.

Sin embargo, y he aquí otra nota distintiva, el extraordinario crecimiento económico de las Baleares no ha sido seguido por un verdadero desarrollo, produciéndose una hipertrofia del sector terciario, a costa de los demás sectores o grupos de actividad sobre las que el turismo no ha tenido efectos multiplicativos. Las actividades turísticas han absorbido la iniciativa empresarial, los capitales y la mano de obra disponible, sin que se haya adoptado ninguna medida planificadora tendente a ordenar y distribuir armónicamente el insólito incremento de la renta provincial, ni tan sólo ordenar las propias actividades turísticas adecuando la oferta a la demanda o planificando el uso racional y mejor aprovechamiento de los recursos paisajísticos. La iniciativa de creación de una Asociación de Desarrollo regional en 1969 no pudo prosperar, y la ordenación urbanística apenas si ha empezado en contados municipios. Están pendientes de aprobación un Plan Provincial de Urbanismo y la revisión del de Palma de Mallorca, la capital. Un estudio económico, al que acompañan unas directrices de desarrollo, y en el que ha colaborado el Departamento de Geografía de nuestra Facultad, está a punto de ser terminado por la Confederación de Cajas de Ahorro, pero su efectividad dependerá de la instrumentación política y financiera que se le pueda dar en su día.

El *periculum sortis* que amilana al insular y de que hablaba Miguel de los Santos Oliver ha dado la iniciativa en los negocios turísticos a las grandes agencias extranjeras, que desarrollan una nueva forma de colonialismo económico de dimensiones muy difíciles de calcular. De esta manera, la riqueza actual de las Baleares, más que al esfuerzo de sus habitantes y de sus organismos

administrativos, es debida a una coyuntura europea cuyos mecanismos escapan al conocimiento de los insulares, y por lo tanto a su control.

La coyuntura que atraviesan las Baleares constituye una excepción tanto en relación a las demás islas mediterráneas como en la evolución de su historia propia.

A diferencia de las islas antes examinadas, las Baleares presentan una historia pacífica, sin grandes problemas políticos ni bélicos. La primera ocupación del hombre se manifiesta en Menorca y Mallorca en la cultura de los Talaiots, emparentada con la del Argar y las nuraghas sardas. Ibiza y Formentera fueron pobladas por vez primera por los fenicios, que explotaron sus salinas y fortificaron la antigua Ebusus. Ya los antiguos distinguieron las Baleares propiamente dichas (Mallorca y Menorca) de las Pitiusas (Ibiza y Formentera). En el año 121 a. de J.C. fueron ocupadas por los romanos, que crearon las ciudades de Palma y *Pollentia* en Mallorca y dieron un tratamiento especial a la antigua colonia púnica de Ibiza. En el año 426 fueron arrasadas por los vándalos, y tuvieron una vida prácticamente autónoma hasta la ocupación musulmana en el año 902. En 1230 Jaime I de Aragón ocupó Mallorca y posteriormente las otras islas, que a su muerte formaron el Reino de Mallorca, más tarde absorbido de nuevo por Aragón, cuyos destinos siguieron en adelante. Sólo Menorca entre 1708 y 1801 permaneció bajo la dominación británica, con dos breves períodos de ocupación española y francesa. En toda esta historia no faltó el peligro de los piratas y corsarios, actividad que también fue practicada por los insulares, como recuerda el monumento erigido en el puerto de Ibiza y dedicado por la isla a sus «heroicos corsarios». También hubo luchas sociales, como la de forenses y ciudadanos o las de las germanías, pero nunca encontramos violencias comparables a las luchas intestinas de las otras islas.

Con la regularización de las comunicaciones, establecidas con el barco a vapor, se rompió la autarquía insular, y, coincidiendo con la explotación demográfica, apareció el fenómeno emigratorio. En la segunda mitad del siglo XIX éste tomó considerables proporciones, hasta el punto de hacer disminuir la población absoluta de las islas entre 1887 y 1890, siendo una de las causas principales el hundimiento del cultivo de la vid en 1891, como consecuencia del arancel proteccionista francés y las guerras coloniales que habían cerrado el mercado de las Antillas con las cuales las relaciones comerciales se habían intensificado con la emigración hacia ellas de muchos insulares. Durante el siglo XX la emigración continuó, aunque en menor intensidad, hasta que en 1940 cambió de signo en Mallorca como consecuencia de los reajustes demográficos que siguieron a nuestra guerra civil. Pero cuando la inmigración toma carta de naturaleza en las islas es con la aparición del fenómeno turístico a partir de 1951.

La inmigración aparece en el momento en que el grado de envejecimiento de la población insular, a consecuencia de la antigua emigración, tomaba caracteres alarmantes. Al estar compuesta aquélla por personas en edad activa, generalmente jóvenes de ambos sexos cuyos matrimonios son muy prolíficos, aumentó notablemente la natalidad, que de un 13 ‰ en 1950, ha alcanzado el 20 ‰ en 1970.

Pero, además de la inmigración definitiva, existe una inmigración temporal: la turística, que en su máximo puede alcanzar la cifra de 200.000 individuos, y la laboral, que cubre el empleo de temporada generado por el turismo y que alcanza las 50.000 personas. He aquí, pues, cómo en la punta de la temporada turística la población de Baleares se incrementa en un 50 por ciento.

## VII. CONCLUSIÓN

En esta rápida visión comparada de los problemas de las islas del Mediterráneo occidental hemos visto desfilar causas y efectos muy diferentes. Falta en las islas la sincronidad histórica y en ellas es desigual la intensidad de los hechos culturales. Pero es en su densidad de civilizaciones y culturas donde mejor destaca el papel del hombre en el paisaje. Es verdad que muchas diferencias tienen una base física, tanto en el tamaño y situación como en el relieve, clima, vegetación y recursos del subsuelo; pero ha sido el hombre el que ha conferido un valor al medio natural, valor que ha dependido de los fines que el hombre productor se ha propuesto, de la evolución y nivel alcanzado por las técnicas, sin olvidar los contextos económicos y políticos más amplios en que las islas estuvieron insertas a lo largo de su historia.

Pero dentro de esta diversidad, de gran riqueza geográfica, las islas presentan el denominador común de la insularidad, que las dota de una extraordinaria capacidad de reacción ante los estímulos exteriores, capacidad que no poseen las tierras continentales y en lo que reside el principal interés geográfico de los microcosmos insulares.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARRIGHI, P.: *Histoire de la Corse*, París, P.U.F., 1966, 128 págs.
- ASSESSORATO REGIONALE PER LO SVILUPPO ECONOMICO: *Pregetto di programma di sviluppo economico della Regione Siciliana per il quinquenio 1966-1970*, Palermo, 1966, 128 páginas.
- AUBERT DE LA RUE, E.: *L'homme et les îles*, París, Gallimard, 1935, 194 págs.
- BARCELÓ PONS, B.: *Evolución reciente y estructura actual de la población en las islas Baleares* (Tesis doctoral), Madrid, C.S.I.C., 1970, 400 págs.
- BARCELÓ PONS, B.: *La vida económica de Mallorca durante el siglo XIX*, «Boletín de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Palma de Mallorca», n.º 632, 1961, págs. 168-181.
- BIROT, P., DRESCH, J. y GABERT, P.: *La Méditerranée et le Moyen Orient*, París, P.U.F., 2.ª edición, 1964, 2 vols.
- BLANC, A.; DRAIN, M., y KAYSER, B.: *L'Europe méditerranéenne*, París, P.U.F., 1967, 272 páginas.
- BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (Trad. de M. Monforte y W. Roces), México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 2 vols.
- CASSA PER IL MEZZOGIORNO: *Programma quinquennale 1965-1969*, Roma, 1968, 640 páginas + 1 mapa.
- CLEMENTE, F.: *La pianificazione territoriale in Sardegna*, Sassari, Gallizi, 1964, 286 págs.
- CONSEJO MEDITERRÁNEO DE ECONOMÍAS REGIONALES (CMER): *Ponencias presentadas en las reuniones plenarias de Marsella*, 1967; Cagliari, 1968; Palma de Mallorca, 1969; Ajaccio, 1970; Taormina, 1971.

- DACHARRY, M.: *Tourisme et transport en Méditerranée occidentale (Îles Baléares, Corse, Sardaigne)*, Paris, P.U.F., 1964, 156 págs.
- FRANCESCINI, P.-J.: *Vingt ans d'autonomie en Sardaigne*, «Le Monde», 8, 9 y 10 de abril de 1969.
- GARZIA, R.: *Développements et expériences économiques en Sardaigne*, Cagliari, (Ponencia del CMER, en ciclostil), 1968.
- GIULIANI, M. C.: *L'Isola di Maiorca. Studio antropogeografico*, Nápoles, Istituti di Geografia e di Geografia Economica dell'Università, 1968; 230 págs.
- HOUSTON, J. M.: *The Western Mediterranean World. An Introduction to its regional Landscapes*, Londres, Longmans, 1964; 800 págs.
- HURÉ, J.: *Histoire de la Sicile*, Paris, P.U.F., 1965; 128 págs.
- KOLODNY, Y. E.: *La Géographie urbaine de la Corse*, Paris, S.E.D.E.S., 1962; 334 págs.
- KOLODNY, Y. E.: *La population des îles en Méditerranée*, «Méditerranée», 1966, n.º 1.
- LE LANNOU, M.: *Pâtres et paysans de la Sardaigne*, Cagliari, La Zattera, 2.ª edición, 1971, 366 págs.
- LEGRIS, M.: *La Corse insatisfaite et inquiète*, «Le Monde», 28, 29 y 30 de octubre de 1969.
- MORI, A., y SPANO, B.: *I porti della Sardegna*, Nápoles, Istituto di Geografia dell'Università, 1952, 238 págs.
- PARAIN, Ch.: *La Méditerranée. Les hommes et leurs travaux*, Paris, Gallimard, 1936; 228 págs.
- REGIONE AUTONOMA DELLA SARDEGNA: *Progetto di piano quinquennale 1965-1969*, Cagliari, 1964; 2 vols.
- ROCHEFORT, P.: *Le Travail en Sicile*, Paris, P.U.F. 1961; 365 págs.
- RONDEAU, A.: *La Corse*, Paris, Colin, 1964; 194 págs.
- SIMI, P.: *L'Adaptation humaine dans la dépression centrale de la Corse*, «Méditerranée», 1966, n.º 3.
- S.O.M.I.V.A.C.: *Schéma de la structure économique de la Corse*, Ajaccio (en ciclostil, sin fecha).
- SORRE, M.; SION, J., y CHATAIGNEAU, Y.: *Europa Mediterránea (Generalidades, Italia y Península Balcánica)*, vol. VIII de la «Geografía Universal» dirigida por P. Vidal de la Blache y L. Gallois, trad. española, Barcelona, Montaner y Simón, 1.ª ed., 1936; 538 págs.
- UNIONE DELLE CAMERE DI COMMERCIO, INDUSTRIA, ARTISANATO E AGRICOLTURA DELLA REGIONE SICILIANA: *Venti anni di economia Siciliana nell'autonomia*, Palermo, 1968; 373 págs.
- VALLE, C. della: *L'escursione della Società Geografica Italiana in Sicilia*, «Bolletino della Società Geografica Italiana», 1958, n.º 6-8.
- VICCINELLI, P.: *La situation actuelle sur les politiques de développement régional dans les pays méditerranéens*, Cagliari (Ponencia del CMER, en ciclostil), 1968.
- VICCINELLI, P.; CARRERE, P., y BARCELÓ, B.: *Problemas económicos de los países mediterráneos*, Marsella (Ponencia del CMER, en ciclostil), 1967.

## RESUMÉ

De l'originalité géographique affirmée du monde Méditerranéen on signale ses variétés physiques et humaines, dans l'espace et dans le temps, qui ont conduit ses peuples à une situation de retard économique par un détachement avec le développement des pays européens, si bien que les techniques modernes et que les circonstances actuelles permettent d'affirmer qu'il y a des recours physiques et humains appropriés pour obtenir un rythme adéquat de développement économique.

Dans l'enceinte insulaire on distingue les îles du bassin occidental de celles du bassin oriental, par leur nombre inférieur, leur plus grande extension et leur plus grande population, et par leur plus grande distance des terres continentales, ce que leur a conféré une plus grande personnalité humaine. On analyse le phénomène de l'insularité comme conséquence de l'isolement, fait plus humain que physique, exposé, de ce fait, aux contingences de l'histoire économique et des progrès de la technologie.

L'analyse comparé des îles de la Sicile, de la Sardaigne, de la Corse et des Baléares, montre leurs diversité humaine. Le problème de la Sicile et de la Sardaigne est encadré dans le retard du Mezzogiorno italien pour la promotion économique et sociale on créa, en 1950, La Caisse du Midi qui jointe aux organismes du gouvernement autonome de ces îles qui datent de 1946-1948 ont donné une impulsion à la renaissance économique qui n'a pu éviter l'émigration mais qui l'a réduite.

En Corse où la décadence se manifestait avec une forte émigration et l'abandon de la terre cultivée, on a établi en 1949, un programme d'Action Régionale dont les buts étaient le développement de l'agriculture et du tourisme, pour obtenir que l'immigration compense l'émigration des natifs en stabilisant les effectifs humains.

En comparaison avec les efforts des états pour activer l'économie des îles précédemment étudiées, les Baléares, dont la diversité est un bon échantillon de la personnalité insulaire, montrent un accroissement économique extraordinaire en conséquence de sa spécialisation touristique qui a modifié ses structures économiques et humaines en les convertissant en centre d'attraction d'une immigration péninsulaire.

## ABSTRACT

The geographic peculiarities of the Mediterranean world are characterized by its variations physical and human, in space and time which had placed its people in a situation of economic retardation in comparison with the development of other European countries even though modern techniques and current circumstances permit us to state that the Mediterranean countries possess the physical and human resources necessary to achieve an adequate rhythm of economic development.

Within the island groups, the island of the Western basin are distinguished from those of the Eastern basin by their lesser number, their greater area and population and by their greater distance from the lands of the continent. This has given them a more pronounced human personality. The phenomenon of insularity is analyzed as a consequence of isolation — a fact more human than physical — therefore exposing them to the contingencies of economic history and technological progress.

The comparative analysis of the islands of Sicily, Sardinia, Corcega and the Baleares reveals their human diversity. The problems of Sicily and Sardinia are included in the framework of the problems of the retardation of the Italian Mezzogiorno for the economic and social promotion of which the Mediodia Bank was created in 1950. This organ, together with the organs of the autonomous government of these islands, which dates from 1946-48 has spurred the economic renaissance which, although it has not succeeded in stemming the traditional flow of emigrants, has at least reduced it.

In Corcega, whose decadence was evident in its heavy flow of emigration and the abandon of the cultivated land, a Program of Regional Action was established in 1949. The goals of this program were the development of agriculture and tourism, with the aim of achieving an influx of visitors which would compensate for the emigration of the natives, thus stabilizing the human population.

In contrast with the government-backed efforts to activate the economy of the previously-studied islands, the Baleares, whose diversity is a good example of the island personality, show an extraordinary economic growth as a consequence of their specialization in tourism. This specialization has modified their economic and population structures and converted the islands into a center which attracts immigrants from the mainland.